

XII DOMINGO ORDINARIO B/2009

Cuando la gente sufre mucho como en el caso de una enfermedad grave o incurable, ellos a menudo se preguntan: ¿Por qué yo? ¿Por qué sólo yo? ¿Por qué me condenan a sufrir esta situación? ¿Por qué no interviene Dios y acaba con mi miseria? ¿Por qué no hace algo para aliviar mi sufrimiento?

Estas preguntas son legítimas; ellas nos muestran que el sufrimiento es un misterio que puede golpear ciegamente a alguien. Así es difícil para nosotros de entender totalmente el sentido del sufrimiento humano, así también es difícil de entender la razón por qué tenemos que someternos a ello.

Independientemente de lo que podría ser nuestra experiencia del sufrimiento, una cosa es segura. No somos los primeros en sufrir y hacer preguntas con relación a ello. Muchas personas antes de nosotros y en el pasado han pasado por la misma experiencia y se hacen las mismas preguntas. Todas las lecturas de este domingo nos invitan a meditar sobre el sentido del sufrimiento humano y su impacto en nuestra fe en Dios.

La primera lectura nos recuerda la historia de Job y la evolución de su fe cuando él fue encarado con el sufrimiento humano. De hecho, era cuando Job estaba en lo alto de su vida, acertada en el negocio y próspero en la familia, que él fue abatido por la desgracia. Como cualquiera de nosotros, él se quejó ante Dios; él le preguntó por qué él no podía prevenir todo lo que estaba pasándole.

El texto que tenemos hoy es la respuesta de Dios a Job. En esta respuesta, Dios muestra a Job como él es el creador y el maestro del universo. Él ha creado todo lo que existe y lo ha ordenado hábilmente con un plan. Él ha puesto límites a los mares y límites a la tierra. Por lo tanto, él tiene el poder de hacer cosas que la gente no puede explicar o entender.

Si esto es el caso, el punto del texto de invitar a Job a aceptar el plan de Dios para él, de confiar en Dios y esperar que él no lo abandone, a pesar de su sufrimiento. Como para Job, Dios quiere que nosotros en nuestro propio sufrimiento no perdamos la confianza y esperemos siempre en él. El sufrimiento parece como una noche oscura que encuentra a alguien. Pero cada noche larga, siempre tiene su madrugada. Aun en medio de nuestro sufrimiento, Dios permanece con nosotros. Él dirige todos los acontecimientos de nuestra vida para un buen fin. Como San Pablo dice, "Todo obra para bien para los que aman Dios" (romanos 8, 28)

En todo lo que nos pudiera pasarnos, necesitamos una fe fuerte y una confianza incondicional en Dios. Incluso si nuestra vida es sacudida por una tormenta de sufrimientos y enfermedad, un período de calma y consuelo por el Señor vendrá. Incluso si pasamos por algunas noches oscuras en nuestras vidas, tenemos que estar seguros que el Señor intervendrá tarde que temprano, porque esto es su promesa que él estará con nosotros hasta el fin del mundo. Él sabe todo lo que nos esta pasando. Él ve todo lo que nos esta pasando, porque él está con nosotros siempre. Todo esto nos ayuda a entender lo que es el punto del Evangelio de hoy cuando Jesús les reprocha a sus discípulos su falta de fe.

El reproche de Jesús a los discípulos significa, en efecto, que ellos han olvidado que él estaba con ellos en aquella tormenta. Por esta razón, nada mal podría pasarles. ¿Podría pasar que ellos perecieran en aquel barco, también no moriría Jesús con ellos? ¿Qué tan maravillosa cosa que morir con el aseguramiento de tener el Señor en nuestro lado? ¿Pero fue esta escena posible?

Como puede ser visto, el error de los discípulos está en el hecho que, en esta situación crítica, ellos tenían la duda en el poder de Jesús de protegerlos. Ellos pensaron que estaban solos y luchaban solos. Y aún, el sueño de Jesús no era un sueño en absoluto. Incluso en el sueño, Jesús está siempre despierto y vivo. Además, los discípulos habían recurrido a Jesús solamente se vieron en una situación desesperada. De hecho, Jesús no quiere que nosotros

lo llamemos sólo cuando las cosas van terriblemente mal, sino en cualquier momento. Nuestra fe nos enseña que cualquier circunstancia de la vida, sea de alegría o tristeza, es la misma oportunidad para abrir nuestros corazones al Señor y levantar nuestra oración. El problema, sin embargo, es que algunas personas piensan en Dios sólo cuando son víctimas del infortunio y de la desgracia. Y cuando su situación se mejora, ellos vuelven a su rutina del pasado, olvidándose de Dios. El Evangelio de Hoy nos invita a la conciencia de la presencia continua del Señor Jesús en nuestras vidas y a nuestra responsabilidad cristiana ante Dios.

El Evangelio nos enseña también que Jesús es un salvador poderoso enviado a nosotros por el Padre. Las fuerzas negativas de la vida y todo el poder del mal que trata de destruirnos no pueden vencerlo. Es por esto que él es capaz de calmar la tormenta en el mar y que el viento lo obedece. Siempre que Jesús esté presente, hay paz y serenidad. Él puede darnos la paz cuando las tormentas de la vida y problemas nos atacan. Pero primero, tenemos que llamarlo. Tenemos que decirle lo que nos ataca y nos da la ansiedad. Entonces, él puede ordenar al viento y al mar que se calmen.

Sin embargo, todo esto no quiere decir que nosotros no tendremos problemas o sufrir más. Esto significa que en tales circunstancias, no estamos solos; no luchamos solos, porque Jesús está con nosotros, compartiendo nuestros dolores con nosotros. Esta es la razón por qué, en el peor de su sufrimiento y enfermedad, algunas personas nos han dado un ejemplo fuerte de valor, confianza y fidelidad a Dios hasta el último minuto de sus vidas.

La última lección que aprendemos del Evangelio es el simbolismo del barco. Estar en un barco quiere decir estar en un lugar seguro, donde el Señor está con nosotros. El barco en el mar simboliza la iglesia como este lugar donde Jesús está presente en medio de sus discípulos que luchan con los problemas de la vida. En esta perspectiva, la iglesia es el lugar de salvación, donde podemos encontrar al Señor, y donde él comparte y carga con nosotros temores y desafíos de la vida.

Sin estar dentro del barco nos exponemos a peligros innumerables que pueden arruinar nuestra vida. Como quienes que, en una tormenta, están protegidos estando dentro de un barco, así lo están aquellos que están dentro de la Iglesia. Estar fuera de la iglesia es vagar lejos del Señor y de nuestra salvación. Hay salvación solamente con el Señor y dentro del barco.

Aquella salvación Cristo nos ha traído por su muerte y resurrección. Como San Pablo dice, Cristo ha muerto y resucitado por nosotros. Por lo tanto, como cristianos, también deberíamos vivir para él y como él que sacrificó su vida a favor de nosotros. Su ejemplo debería animarnos a seguirlo a lo largo del mismo camino de generosidad y dedicación total de nuestras vidas por nuestros hermanos y hermanas.

Hoy saludamos y celebramos de un modo muy particular a aquellos hombres que siempre han dado lo mejor de ellos por sus queridos, es decir nuestros padres. Que Dios bendiga a todos nuestros padres, viviendo y muerto, para el maravilloso trabajo que ellos han hecho por nosotros. Oremos también por aquellos que nunca han conocido a sus padres y cuyo recuerdo les causa dolor. Que bendiga a los nuevos padres y aquellos que serán padres pronto. Que les ayude por la tarea difícil de la educación de sus niños. Que el Señor ayude a todos nosotros a confiar en él poniendo todos los momentos de nuestras vidas en sus manos.

Job 38, 1. 8-11; 2 corintios 5, 14-17; Marcos 4, 35-41



Fecha de Homilía: 21 de Junio, 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20090621homilia.pdf